

GREG BOGIN

Galería Javier López. Manuel Fernández Longoria, 7. Madrid.
De 155.000 a 1.345.000 pesetas. Hasta finales de diciembre

Nacido en 1965 en Nueva York, ciudad donde vive, Greg Bogin es casi por completo desconocido en España—su galerista e introductor ya mostró una pieza suya en la última edición de Arco, pero he de reconocer que, pese a ocuparme entonces del comentario sobre pintura internacional, no reparé en ella—. Primera razón, pues, de agradecer es el gesto y el riesgo de apostar, o al menos tantear insistentemente, sobre un artista todavía joven—no ha realizado todavía una decena de muestras en solitario—, además foráneo y cuya obra no es precisamente fácil o inmediatamente asequible para el degustador habitual.

Del temperamento de Bogin dan buena idea, creo, los títulos de sus exposiciones—"Servicio con una sonrisa", "Supermercado" o "Paneles para el embellecimiento de interiores", que es el que ha elegido para ésta—y, también, la nómina de homenajes o intereses contrapuestos que inscribía en uno de sus catálogos. Si el primer nombre propio era el de Frank Sinatra, la lista incluía con idéntica valoración el formalismo con el minimalismo, los

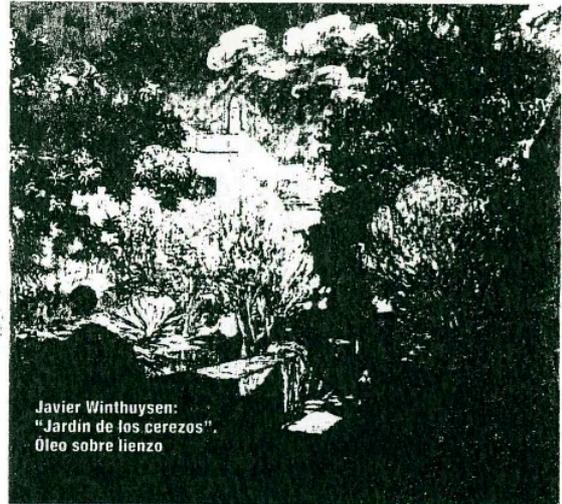
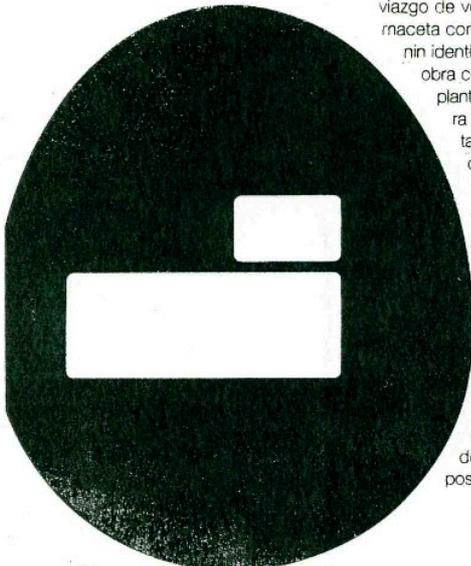
plásticos con la utopía o el Martini con la Coca-Cola. Para abundar en los nombres citaré los restantes: Sam Peckinpah, Blinky (Pálermo), Kafka, Charles Eames, Charles Bronson, Barnett Newmann, Steve McQueen, Donald Judd, (Philip) Guston, (Piet) Mondrian; Bob Hope, Joseph Albers, Joseph K., Nino Rota, Eero Saarinen, Bruce Lee, Dr. No, Double Elvis. Cantantes, actores de cine, artistas plásticos, un solo escritor con el más solitario de sus personajes y, por último arquitectos. Escenificación; acompañamiento, literatura y construcción; no parece mala mezcla.

Sus pinturas y esculturas son decididamente frías, qué digo frías, son heladoras. Las primeras nunca responden al formato tradicional, muestran una sucesión y combinación de colores planos, que nunca nos atreveríamos a considerar como bonitos, sino fingidos voluntariamente como colores industriales o instrumentales. Algo en estas piezas sugiere que si presionásemos con el dedo sobre alguno de esos rectángulos a modo de botones algo ocurriría, algo se iluminaría, algo atravesaría inexistentes circuitos. Tienen algo de pintura electrificada, de cúmulo de energía estática.

La única escultura incluida en la exposición se acompaña, en noviazgo de vecindad, de una gran maceta con un pote. Cual si Bogin identificara la función de su obra con la que cumplen las plantas. Una curiosa manera de formularse preguntas sobre la cualificación de lo decorativo en la hora actual, un tema que adquiere día a día, en mi opinión, relevancia, a las que el norteamericano responde apropiándose de la estética comercial—muchos de sus dibujos y algunas de sus primeras obras recuerdan logos empresariales— para devolvérmola con una posmoderna mueca pop.

Mariano NAVARRO

"Environment enhancement panel IV", de 1999



Javier Winthuysen:
"Jardín de los cerezos".
Óleo sobre lienzo

JARDINES DE ESPAÑA

Fundación Mapfre Vida. Avenida General Perón, 40. Madrid.
Hasta el 9 enero

Pocas veces el objeto de una exposición colectiva está tan justificado y ajustado a un principio vertebrador como en el caso de ésta dedicada a la pintura española de jardín que ha comisariado Lily Litvak. Y es que, acostumbrados a colectivas masivas sin orden alguno, sorprende encontrar un eje, complejo por su pluralidad y la amplitud de sus ramificaciones, pero, a la vez, central, que conduce, no sólo las intenciones de la muestra; sino también una posible reflexión posterior.

Esta muestra ha seleccionado setenta y cuatro obras firmadas entre 1870 y 1936 y pertenecientes a casi treinta artistas españoles importantes, adscritos a diferentes movimientos pictóricos. Se aborda el tema del jardín desde numerosos puntos de vista, pero siempre situándolo en el centro de su propósito. Lo primero que ratifica la muestra es que, durante el último cuarto del XIX y el primer tercio del XX, y coincidiendo con un resurgimiento de los parques públicos y patios privados en España, surge el jardín como idea temática esencial para la pintura, como lugar separado del resto, separado, incluso, de la otra pintura al natural.

El jardín, así, servirá durante más de cincuenta años como escenario para la representación de diferentes ideas estéticas y evocaciones poéticas. Por un lado se

empleará como asunto que facilita una recreación abusiva de la naturaleza, un ambiente que permite la creación más allá del objeto de la observación. Por otro se recuperará el lugar como símbolo, asociándose de igual forma al edénico espacio de encuentro entre naturaleza y creación, entre hombre y plenitud, que al de la constatación del paso del tiempo, de la vejez y la muerte.

Se resalta aquí, además de al olvidado Javier de Winthuysen, a dos artistas fundamentales: Rusiñol y Sorolla. El primero, observador de lo oculto y la fragilidad, sobrecogido por el misterio que alberga el jardín, consigue transmitir una emoción profunda e insistente que llega a su cima con la nocturnidad de un camino y unos cipreses. Sorolla, por su parte, es de nuevo el pintor de la vida en su cénit, acercándonos el paraíso a la tierra con niñas saltando y la totalidad del universo sostenida en el espejo de una fuente. En medio, el resto, todos interesantes, muchos buenos, pero parece apropiado destacar las mujeres de un modernista Anglada Camarasa en el exuberante "Le paon blanc", o las "Andaluzas", del sensual Iturrino, así como obras puntuales de un Joaquín Mir febril o de un Llorens intimista.

Abel H. POZUELO